

Jueves 27 de diciembre del 2001

• TRANSICIONES •

Víctor Alejandro Espinoza Valle



El "otro lado"

Nací y crecí en la frontera. Durante mi infancia, literalmente vivía en la línea divisoria entre México y "el otro lado". Desde el patio de mi casa dominaba la vista de la aduana y grandes extensiones de matorrales, apenas salpicados por algunas construcciones que correspondían a dos tiendas imprescindibles: La American Market y la Aronson Bros. Un comercio de comida y otro de ropa, nada más. Nuestra casa estaba situada justo en la primera calle después de la línea y paradójicamente se llamaba avenida México. Después, de manera paralela, se extendía el callejón Madero. Ambas calles, como el resto de las arterias tecatenses, carecían de pavimento. Mi abuelo había construido las tres casas que se encontraban entre la avenida México y el callejón Madero. Así que gozábamos de un patio interior que incluía árboles frutales, un encino y toda clase de plantas que los abuelos cultivaban con pasión. Pero también se había cavado un pozo para surtimos de agua fresca y un corral doméstico que incluía gallinas, conejos y en ocasiones chivas y becerros. También sirvió de sede para nuestro club que sesionaba bajo el nombre de Los Vikingos; pero ésa es otra historia.

Entre el alambre de púas de tres líneas que dividía a ambos países y que traspasábamos diariamente y la avenida México se encontraba un terreno de aproximadamente 50 metros de ancho, que hicimos nuestro y sobre el que construimos un campo de fútbol y otra serie de instalaciones deportivas en las que librábamos batallas decisivas. Era común que el balón se fuera al otro lado con lo cual el cerco se encontraba permanentemente maltrecho y nosotros mismos nos encargábamos de arreglar. Incluso cuando llegaba la temporada beisbolera preferíamos brincar y pasarnos a jugar pues el terreno era más plano. También era común que mis tres hermanas se aliaran para estropearme algún importante compromiso deportivo al gritarme desde el patio, paradas al lado de los tanques del gas, para que fuera a recoger la basura. Después de haber convivido en el gallinero, Los Vikingos construimos otra sede del club, justo donde se asentaba el campo de fútbol al que coloquialmente llamábamos la línea. Era un club fronterizo. Cavamos aproximadamente dos metros para que el techo quedara a ras de tierra. Le hicimos dos entradas y salidas. Una desde el lado mexicano, la segunda desde el otro lado. Ahí hospedamos por un tiempo a un migrante que a cambio del alojamiento nos contaba fabulosas historias sobre nuestros ídolos futboleros y sobre los artistas de la capital.

Por aquellos terrenos nos recuerdo haber visto merodeando a ninguna unidad de la Border Patrol. En la aduana éramos bastante conocidos pues dentro de nuestras obligaciones familiares se encontraba el ir a comprar la leche a la American Market, entre cuyos dependientes se encontraban parientes directos o conocidos. El único pasaporte requerido era el de la palabra. Además, era de lo más común que varios fueran american citizens, pues en los años 50 y 60 una buena cantidad de los hijos de la clase media tecatense nacía en el Hospital Mercy de San Diego. En Tecate no había hospitales y era más fácil y seguro el acceso al "otro lado" que a la ciudad de Tijuana. Además de que en el Mercy se pagaba en cómodas facilidades. Nada de rentar una habitación días previos al parto para evitar que la entrada a Estados Unidos fuera negada. Pero una vez que nacías, las visitas a San Diego comenzaban a escasear. Podía pasar un año y no hacías el viaje a tiendas americanas que no fueran las que se encontraban apenas al cruzar. Realmente el contacto con el otro lado era vía televisión en inglés, a través del Canal 6, que transmitía por la tarde y cuando tus hermanos mayores te iniciaban en el soft rock que transmitía la QCBO.

Los productos que nos llegaban del "otro lado" y que podían ser encargados a quien realizaba el viaje, eran los pantalones Levis y los tenis Converse. Se trataba tal vez de las únicas marcas que se convirtieron en nuestras señas de identidad. Los hijos de la clase media fronteriza de aquellos años no conocimos la colonización comercial que hoy hace presa del paisaje juvenil.

Nuestro contacto con lo americano era de menor intensidad que el que se vive actualmente. Al menos para los clase medieros y los miembros de las clases pudientes es mucho más común el idioma inglés y sus productos. No sólo se trata de los medios de comunicación sino de la vida cotidiana. Mucho ha cambiado en la frontera con el otro lado desde mi infancia.

El autor es politólogo, secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte.